

De la angustia existencial a la angustia libidinal  
en *Donde deben estar las catedrales*

Edilberta Manzano<sup>1</sup>

Considero que el psicoanálisis puede ayudar a esclarecer ciertos temas presentes en la obra de Severino Salazar que son complicados de explicar: La imposibilidad de la felicidad que lleva a sus personajes a profesar la vida solitaria, a la locura o al suicidio; también permite explicar algunos sueños como símbolos libidinales y diferenciarlos de los sueños recurrentes que fungen como premonitorios; por ello, en este análisis de la primera novela del autor zacatecano realizaré una revisión de estos temas, de tal forma que centraré la atención en la angustia de Crescencio Montes, personaje principal de *Donde deben estar las catedrales*, desde dos perspectivas: la existencial y la libidinal; en la búsqueda de la felicidad de los monjes y el eremita, y en el sinsentido de la vida de Juana, la loca del barril.

Hasta antes de leer a Sigmund Freud había intentado explicar la angustia de Crescencio, desde la perspectiva filosófico-existencialista, pero ahora entiendo que la angustia de Crescencio Montes tiene dos vertientes: una existencialista y una libidinal, mismas que intentaré poner en claro en el presente ensayo a partir de plantear primero algunos conceptos existencialistas y ejemplificando cómo se reflejan estos en la novela, para luego realizar el mismo ejercicio con el concepto libido y homosexualidad, a partir de dos tipos de discursos del personaje.

En *Donde deben estar las catedrales* podemos encontrar tres elementos existencialistas: la negación del pasado, para Salazar como para los existencialistas el pasado no cuenta sólo el presente es el momento verdadero, ello se constata analizando el discurso de sus personajes, para quienes la muerte es la nada, el vacío, por lo tanto no hay una recompensa por los sufrimientos aquí padecidos; ello aunado a la consciencia del sinsentido de la vida, provocan una profunda angustia a Crescencio Montes. Pero en esta misma novela podemos encontrar también la

---

<sup>1</sup> Especialista en Literatura Mexicana del Siglo XX, actualmente estudia la Maestría en Literatura Mexicana Contemporánea. UAM Azcapotzalco.

angustia freudiana, causada por la obligación de ocultar un sentimiento homosexual que considera inapropiado, encontramos aquí la angustia como la obscuridad en la que el silencio sume a Crescencio.

### **De la angustia existencial**

Primero explicaré el tema existencial. En la novela que nos ocupa se cuenta la historia de un joven arquitecto que regresa a su pueblo natal (Tepetongo, Zacatecas) para rescatar su pasado, en particular una historia sucedida en aquel pueblecito cuando él apenas era un niño, de ahí que la narración se cuente en dos líneas temporales: lo sucedido en 1957 y lo que sucede en el presente desde donde el personaje rememora los hechos que le inquietan.

La negación del pasado la podemos encontrar al inicio de la novela, donde el arquitecto señala “Bajé del camión que me trajo desde la ciudad. Estoy parado a media plaza. Vine a reconstruir ese suceso que tuvo lugar cuando yo era un chiquillo [...] No sé. Vine a buscar de nuevo una enseñanza que el tiempo y el olvido me arrancaron de las manos”.<sup>2</sup> La primera parte de la novela concluye con la aceptación del infructuoso viaje al pasado “Regreso de mi viaje nuevamente a la ciudad. Regreso con las manos vacías. Nada encontré. Estoy solo. Pero esto no me causa dolor o tristeza. No hubo ningún desengaño. Ni nadie fue engañado. Así debe ser” (133). Es decir, no hubo engaño porque el arquitecto, en una postura existencialista, asume que el pasado nada tiene que ofrecerle porque es el presente el único momento en el que somos.

El segundo elemento: la muerte, la nada, el vacío. Crescencio Montes dudaba de Dios ¿acaso no hay gloria ni infierno que nos espere después de la vida?, se preguntaba “Los sollozos reprimidos salían del centro de su estómago y alcanzaban a salir apenas por su boca. ‘¿Qué si la vida fue sólo una larga espera sin premio – continuo–, sin sentido? ¿Qué si al final sólo nos espera el vacío? ¿Qué si todo fue nuestro propio engaño, un camino lleno de renunciadas y de espinas para llegar a la nada? (66). Al personaje le duele ser consciente de que no existe la gloria prometida, que las buenas acciones no serán recompensadas, ni siquiera lo reconforta saber

---

<sup>2</sup> Salazar, Severino. *Donde deben estar las catedrales*, 2013, p. 17

también que si no hay gloria tampoco hay infierno, por lo que se entiende que los pecados aquí cometidos no serán castigados, le cuesta aceptar que después de la muerte sólo existe la nada.

Del sinsentido de la vida. En su desesperación por encontrarle razón de ser a su existencia absurda, Crescencio Montes se decía “La vida no puede ser sólo comer, trabajar, dormir, gritar y ensuciar el campo donde estamos”. (86) También reflexionaba respecto de los hombres que construyeron la catedral de su pueblo, “la vida sólo tuvo sentido por estos rumbos cuando se construyó la catedral”. (82) a tal grado Crescencio deseaba darle un sentido a su vida que incluso hubiera querido ser un esclavo para construir catedrales y tener la certeza que esa era la razón de su existir, para acabar así con su angustia.

¿Por qué no estuve en la construcción de esa catedral? ¿Por qué no anduve por los andamios subiendo y bajando escaleras, aunque hubiera sido sólo un esclavo? Pero de alguna manera se sentía hermanado con los constructores de esa catedral pegada a la pared. La habían hecho hombres como él mismo, afanados en no dejar un espacio libre de ornatos, hombres que, como él, le tenían horror al vacío, a la nada. (72)

### **Del psicoanálisis y la angustia**

Para poder analizar la angustia de Crescencio Montes desde el psicoanálisis primero es necesario mencionar la explicación que Sigmund Freud ofrece respecto de esta patología. Para Freud la palabra está estrechamente ligada con la represión si es silenciada, con la vida sana si la palabra se vuelve luz. “Tía, háblame: tengo miedo de estar en un cuarto tan oscuro. La tía contestó: Y qué te importa que te hable? De todas maneras, no me ves. No es así –respondió el niño–: cuando alguien me habla parece que hay luz”.<sup>3</sup>

Del comentario del pequeño Hans podemos deducir que la palabra es luz, cuando alguien expresa sus miedos, angustias, temores y alegrías está dando luz a su vida; mientras que el silencio hunde al silenciado en la oscuridad que le causa terribles angustias. Precisamente ese era el malestar de Crescencio Montes, provocado por la obligación de guardar en secreto los sentimientos libidinales que

---

<sup>3</sup> Freud; Tres ensayos para una teoría sexual, 1905, p. 1228

experimentaba por su amigo Baldomero Berumen, pero también por insatisfacción de sus instintos.

En la novela es el caso que Crescencio Montes acude a caminar río arriba en un ejercicio de libertad y de búsqueda de su propio ser. Dicha caminata es fructífera toda vez que el personaje se encuentra a sí mismo cuando la vida lo lleva a una situación extrema. Crescencio sufre una crisis espiritual y de personalidad cuando descubre a su amigo Baldomero bañándose desnudo en el río, esa imagen lo perturba sobre manera porque despierta su deseo sexual, a la vez que este reconocimiento lo mueve a la angustia porque no es capaz de expresar su deseo, porque guarda silencio ante su amigo y ante una sociedad represora, silencio que lo condena a la insatisfacción de sus instintos, y en ese sentido, a la infelicidad.

Luego del suceso comenta a su madre: “Me fui caminando por el río hasta que se hizo de noche. Pero vi un espectáculo hermoso, que me llenó de miedo”. Advierte Freud que “La satisfacción de los instintos, precisamente porque implica tal felicidad, se convierte en causa de intenso sufrimiento cuando el mundo exterior nos priva de ella, negándonos la satisfacción de nuestras necesidades”.<sup>4</sup> Así que el personaje, por miedo a encontrar la felicidad, se condena al sufrimiento y la angustia.

Frente al silencio es cuando Crescencio se hunde en la oscuridad de la angustia provocada por el deseo sexual reprimido, por el silencio, se desespera y hace un reclamo a Dios, y ni siquiera entonces es capaz de hablar abiertamente del tema, lo expresa “muy quedito” en uno de los más sentidos discursos de la novela:

Miró el crucifijo en la pared y después inclinó la cabeza, la dejó caer sobre sus manos abiertas y comenzó a decir muy quedito, como si sospechara que alguien afuera pudiera oírlo: “Quiero ahora toda la alegría, toda la paz, todo el amor. Quiero ahora un adelanto de esa eternidad prometida. Dame aquí, alienta un poco este tiempo miserable con un poco de esa alegría eterna. No quiero, no puedo esperar. Si no nos hiciste perfectos ¿por qué esperas de nosotros la perfección? Sé que estoy pecando de soberbia, pero no quiero Tu reino. No me interesa. Hiciste más hermosos, más apetecibles y atractivos los caminos del ángel caído. Esta locura que me devora, si no me la diste Tú, entonces ¿quién me la dio?” (Salazar; 2013:77-78).

Para poder hablar con Dios es preciso asumirse como pecador, dice Kierkegaard que “La existencia del cristiano es contacto con el ser, quiere sentirse delante de Dios [...]

---

<sup>4</sup> *Ibídem*, p. 15

Pero sentirse delante de Dios es, ante todo, sentirse pecador” (Wahl; 1971:12). Esta Crescencio aceptando que es un pecador, pero no de soberbia, es otro el pecado que lo atormenta, el motivo de su angustia, es a caso descubrirse enamorado del amigo, reconocer su homosexualidad que, por irrealizable, por inconfesable, lo devora, atormenta y aleja de la felicidad.

Pero desafortunadamente para Crescencio, “Tampoco la religión puede cumplir sus promesas, pues el creyente obligado a invocar en última instancia los inescrutables designios de Dios, confiesa con ello que en el sufrimiento sólo le queda la sumisión incondicional como último consuelo y fuente de goce”.<sup>5</sup> Es decir, tras sus rezos Crescencio no recibirá la gloria prometida, no saldrá de la angustia y no será feliz, porque “el plan de la ‘Creación’ no incluye el propósito de que el hombre sea feliz”.<sup>6</sup>

En la segunda parte de esta novela: Luna, se cuenta la historia de dos religiosos que deciden colgar los hábitos para conformar una familia heterosexual común y corriente, pero esta decisión les atrajo las peores maldiciones imaginables, de tal forma que estuvieron condenados a tener un hijo que cargaría sobre sus hombros una maldad de la que nunca podría deshacerse. En su afán por romper con esa maldición, en desesperada rebeldía, los padres del niño lo entregaron a un ermitaño filósofo para que lo guiara por el camino del bien, lo sacaron del mundo para que fuera de él busque y encuentre la felicidad.

Los monjes consideraban que con el ermitaño su hijo encontraría la felicidad porque, como señala Freud “El ermitaño vuelve la espalda a este mundo y nada quiere tener que hacer con él. Pero también se puede ir más lejos, empeñándose en transformarlo, construyendo en su lugar un nuevo mundo en el cual queden eliminados los rasgos más intolerables, sustituidos por otros adecuados a los propios deseos”.<sup>7</sup> Pero ni el ermitaño ni el niño logran encontrar la felicidad, y menos aún, transformar el mundo, no eliminaron los rasgos más intolerables. Cuando aquel niño crece, sale al mundo a querer hacer el bien, pero todos sus actos en pro de la

---

<sup>5</sup> Freud, Sigmund. El malestar de la cultura. p. 20 de la versión electrónica

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 13

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 17

humanidad tienen como resultado contagiar a los demás de maldad, su obsesión se vuelve un delirio colectivo.

### **La fuga a la locura**

Fiel al propósito de poner frente a frente el existencialismo y el psicoanálisis en la novela que nos ocupa, advierto que hay dos formas de explicar el comportamiento de Juana, la loca del barril, complejo personaje que en un principio se abandona a la locura como una forma de encontrar sentido a la vida, para finalmente elegir el suicidio.

Hay en *Donde deben estar las catedrales* un personaje existencialista, o psicótico, según la perspectiva desde la que se observe. Juana sube incansablemente un pesado barril por una montaña con el sólo propósito de, una vez estando arriba, dejarlo rodar, dicho trabajo la dejaba exhausta y le permitía algunos días de tranquilidad y sosiego. Desde esta perspectiva su trabajo no era tan absurdo, puesto que tenía un fin; digamos entonces que Juana “con sus esfuerzos por alcanzar la felicidad” lograba una “victoria absurda”, para usar las palabras de Albert Camus.

En un principio se puede considerar existencialista a este personaje por el sinsentido de su actuar. A Juana se le relaciona con el Sisifo de Homero explicado desde el existencialismo de Albert Camus; pero también existe la posibilidad de observar ese actuar como una búsqueda de la felicidad a través de esa “tentativa de rebelión que es la psicosis” parafraseando a Freud. Esa fuga de la realidad le permitía ciertos momentos de felicidad, más adelante en la novela vemos como el personaje al verse sin esta posibilidad de fuga pierde la ocasión de ser feliz.

La última técnica de vida que le queda [al hombre] y que le ofrece por lo menos satisfacciones sustitutivas es la fuga a la neurosis, recurso al cual generalmente apela ya en años juveniles. Quien vea fracasar en edad madura sus esfuerzos por alcanzar la felicidad, aun hallará consuelo en el placer de la intoxicación crónica o bien emprenderá esa desesperada tentativa de rebelión que es la psicosis.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 20

Sucede que a los pobladores de Tepetongo les parecía peligroso y chocante soportar a una loca en el pueblo, así que ejercen suficiente presión para que el esposo de Juana la encierre en un manicomio. Una vez sin barril que empujar, impedida de esa acción que le permitía fugarse de la realidad, entonces sí pierde la razón completamente de tal forma que se deja morir, porque “no logra soportar el grado de frustración que le impone la sociedad en aras de sus ideales de cultura”<sup>9</sup>, como señala Freud, o porque en un exilio sin recursos su vida pierde todo sentido, como señalaría Camus.

### **De los sueños de Crescencio**

Al inicio de la novela Crescencio Montes tiene un sueño muy angustioso en el que se ve huyendo malherido, lleno de dolor, sangrando y con un puñal y una rosa en la mano; en su huida reconoce a sus vecinos, entre los que destaca Baldomero Berumen domando caballos, también se presentan en ese sueño elementos simbólicos como una serpiente enroscada en un árbol ubicado a la orilla de un río. Hay dos formas de analizar este sueño: se le puede considerar premonitorio de lo que está por vivir Crescencio, o bien abordarlo desde el psicoanálisis puesto que tiene que ver con los símbolos fálicos y los deseos ocultos del personaje que sueña. Veamos.

Sigmund Freud explica el proceso psíquico de los sueños advirtiéndole que “todo sueño se halla enlazado a las actividades que el sujeto desarrolló durante el día inmediatamente anterior”,<sup>10</sup> es decir, que Crescencio ha soñado lo que ya vivió, lo que ya conoce, pero sobre todo, ha soñado lo que le inquieta porque “La angustia de la pesadilla corresponde a un afecto sexual, a una sensación libidinosa como, en general, toda angustia nerviosa, y surge de la libido por el proceso de la represión. En la interpretación del sueño habrá, pues, que sustituir la angustia por la excitación sexual”.<sup>11</sup>

---

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 22

<sup>10</sup> Sigmundi, Freud. “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de W. Jansen”, en: Sigmundi, Freud. Obras completas, Vol. XXXIII, P. 1315

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 1317

En el sueño de Crescencio aparecen dos símbolos fálicos: el puñal y las serpientes, también un domador de caballos y un río. Frente a Crescencio “El nido de ángeles se transformó en un mazacote de víboras que pendían de las ramas más altas de un árbol a la orilla de un apacible río. [...] Mientras un hombre amansaba caballos a la orilla de un río sobre una playa de arena dorada”.<sup>12</sup> En ese sentido no hay premonición en este sueño porque Chencho conocía bien la rutina de su amigo Baldomero, todos en Tepetongo sabían a lo que se dedicaba y en qué lugar se bañaba para poder regresar al pueblo muy pulcro y ufano.

De tal forma que aquel día que Crescencio salió a caminar río arriba no lo hizo de manera inocente, sabía lo que iba a hacer y por qué, sabía lo que estaba buscando, lo había planeado inconscientemente, por eso es que el río y el domador de caballos aparecen en el sueño denunciando las necesidades sexuales de Chencho: “Como un cuerpo que se desprendía de los andamios de madera, otro que se lanzaba al agua del río para después aparecer con un puñal reluciente en la mano”<sup>13</sup> dice la voz que narra el sueño.

Cuando más adelante en la novela Crescencio espía a Baldomero es justamente esa escena soñada la que encuentra, la de su amigo masturbándose en el río “Y tardó todavía algunos minutos antes de decidirse a sacar la cabeza para mirar al otro lado del río y, apenas en la orilla, el cuerpo de perfil, delgado, esbelto, escurriendo agua, un poco encorvado y tenso, navegando en los movimientos rítmicos y mecánicos del éxtasis de una masturbación irremediablemente solitaria”;<sup>14</sup> la imagen de la masturbación es muy cercana a la imagen de un joven con un reluciente puñal en la mano.

Las premoniciones son anuncios de lo que está por venir. Entonces el sueño también puede ser premonitorio y no sólo libidinal. El puñal puede ser el anuncio del suicidio de Baldomero, quien, en la soledad de su cuarto “Así: sin más, se enterró su propio cuchillo en el corazón”, mientras que el nido de ángeles que se transforma en

---

<sup>12</sup> Salazar, Severino. *Donde deben estar las catedrales*, México, 2013, p. 20

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 20

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 51



un mazacote de víboras no pueden ser otra cosa más que los vecinos del pueblo que dedican sus días a las habladurías acusando falazmente a Crescencio y Máxima de ser amantes.

### **Consideraciones finales**

Tenemos entonces que en *Donde deben estar las catedrales* el arquitecto que va en busca del pasado comprende que éste no existe, no lo determina, y entenderlo no le causa dolor ni tristeza. A su vez, Crescencio Montes vive una angustia existencial porque no encuentra sentido a su vida, y porque concluye que lo que tenga que sufrir o gozar lo hará aquí y ahora porque después de la muerte no hay más que vacío. Juana, la loca del barril, sufre una crisis existencial que se vuelve psicosis cuando se le impide toda posibilidad de fuga de la realidad.

Por otra parte, Crescencio también sufre una angustia libidinal porque vive una pasión que debe reprimir porque asume este sentimiento como un pecado. En virtud de lo que Freud señala como felicidad y la imposibilidad de que el hombre la alcance, entendemos que debido a que Crescencio ha decidido guardar silencio, callar sus sentimientos y deseos, no alcanzará esa alegría, esa paz, ese amor que exige a Dios.

*Donde deben estar las catedrales* es una compleja novela que puede ser abordada desde distintas perspectivas. En este ejercicio observamos cómo el existencialismo y el psicoanálisis se entrelazan para dar explicación a los personajes que entre más conocemos, más complicados se tornan.

## Bibliografía

Camus, Albert. *El mito de Sisifo*, Madrid, Alianza, 1985. Versión electrónica Agosto 09,  
[http://www.correocpc.cl/sitio/doc/el\\_mito\\_de\\_sisifo.pdf](http://www.correocpc.cl/sitio/doc/el_mito_de_sisifo.pdf)

Salazar, Severino. *Donde deben estar las catedrales*, Vol. I: Novelas 1, Conaculta, INBA, JP, México, 2013.

Sigmund, Freud. "El delirio y los sueños en la 'Gradiva' de W. Jansen", en: Sigmundi, Freud. Obras completas, Vol. XXXIII, P. 1315

------. *El malestar de la cultura*. P. 19 de la versión electrónica Web 01 Jul 2015,  
[sig\\_freud\\_el\\_malestar\\_cult.pdf](#)

------. *Tres ensayos para una teoría sexual*, Siglo XXI, primera edición mexicana 2011, p. 1169-1237